

A large, detailed image of the Statue of Liberty, shown from the waist up, holding the torch in her right hand. The statue is green and set against a blue background.

¿Qué pasa en los **ESTADOS UNIDOS?**

EN ESTA EDICIÓN

Editorial

Repensando el beneficio
de comerciar con dictaduras

Pedro Isern

Rusia y Europa:
El caro problema del gas barato

Pedro Isern

El misterio del Muro de Berlín (parte II)

Recomendación

The Somali Museum of Minnesota





CLIC PARA ACCEDER A LAS REDES DE CESCOS*

 PÁGINA WEB

 YOUTUBE

 TWITTER

 INSTAGRAM

 FACEBOOK

 LINKEDIN

 TIKTOK

EDITORIAL:

REPENSANDO EL BENEFICIO DE COMERCIAR CON DICTADURAS

POR: CESCOS

Una cuestión central que atraviesa al próspero Occidente es convencerse sobre la necesidad de buscar una nueva austeridad. Es decir, encontrar y justificar por qué es preferible, por ejemplo, no comprar gas a Rusia y, consecuentemente, pagar la energía más cara hoy para ser más autónomo y libres en el futuro. Debemos ser algo menos prósperos hoy para no debilitar nuestra libertad en el mediano plazo.

La dinámica de la relación de Alemania con Rusia por el gas resume el problema de Occidente con China. Es un ejemplo simple y contundente de un problema mayor y muy serio: en nuestra comodidad de la inédita prosperidad reciente, hemos privilegiado irresponsablemente los beneficios materiales de corto plazo por sobre los perjuicios no materiales (morales e institucionales) del mediano y los consecuentes perjuicios materiales de largo plazo.

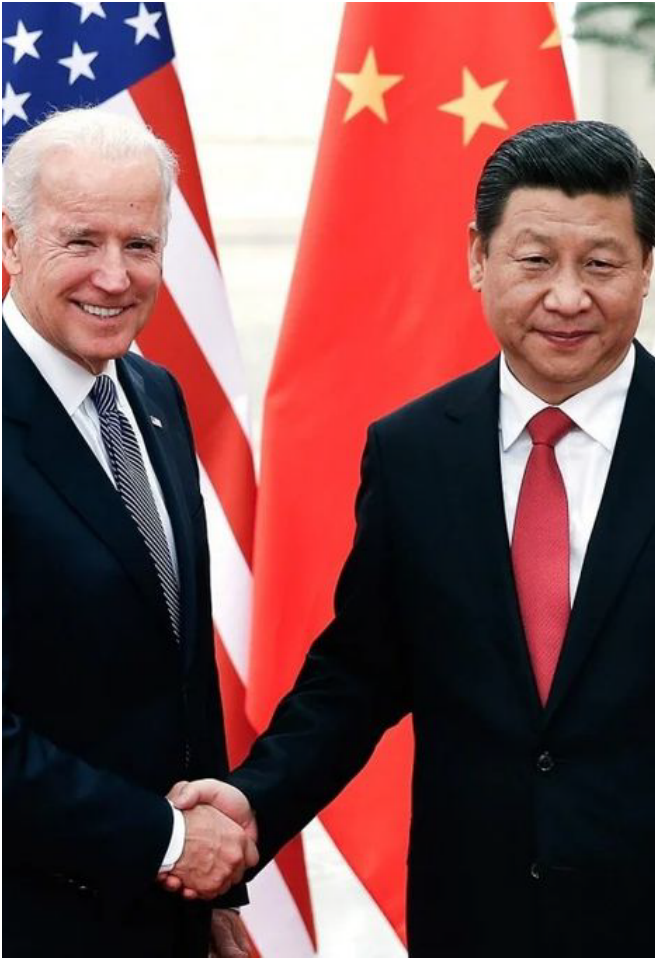
La crisis desatada por la brutal invasión rusa a Ucrania nos enfrenta a la posibilidad de repensar la relación entre comercio, paz y prosperidad. Desde Adam Smith en adelante, hemos remarcado los beneficios del comercio. A diferencia de las relaciones clásicas de suma cero que los humanos habían desarrollado hasta la llegada del liberalismo-capitalismo, la aparición del (libre) comercio supuso la concreta posibilidad de que ganaran todas las partes involucradas. Después de la implosión de la Unión Soviética hemos sido testigos de un proceso histórico inédito: el capitalismo se afianzó como un sistema económico que contribuyó a una notable reducción de la pobreza en el globo (según el Banco Mundial la extrema pobreza en el globo era 36% en 1990 y se había reducido a 13% en 2019). Este acon-



tecimiento no tiene antecedentes en la historia. Más aún, no tiene ningún tipo de referencia cercana. Ni siquiera la revolución industrial generó tal escenario de mejoramiento relativo para los “worst-offs”.

El libre comercio es un juego material de suma positiva. El comercio entre democracias genera un juego de suma positiva material e institucional. El libre comercio entre dictaduras (por ejemplo, entre Rusia y China) genera ganancias materiales para los agentes económicos y mayor poder político para el régimen. Sin embargo, en los últimos 25 años hemos visto que el libre comercio entre las democracias liberales y las dictaduras generó una inédita prosperidad material para todos (es decir, un clásico juego de suma positiva) pero (solo ahora sabemos) donde, sin embargo, ha especialmente empoderado a los agentes represivos de las dictaduras, principalmente de las dictaduras más poderosas. Este hecho (que, retrospectivamente analizado, es bastante sencillo de percibir) ha sido subestimado. Hemos solo reparado en los beneficios materiales del comercio y su lógica de un juego de suma positiva. No hemos reparado en los evidentes costos mediatos. Empezamos ahora a pagar ese (alto) costo.

Así, estos últimos años de la relación



comercial entre las democracias liberales y las dictaduras contribuyeron a una confusión delicada: en tanto todos prosperábamos, perdíamos de vista que la ganancia material de las democracias era un factor de creciente debilidad relativa en tanto el conocido juego de suma positiva con la contraparte no solo tenía una dimensión material sino principalmente una institucional o, dicho de otra manera, represiva. Uno de los ejemplos más contundentes es la sistemática aspiración de la próspera y democrática Alemania de comprar gas barato a la dictadura rusa. Al final del día ambas partes ganaron en el juego de suma positiva que es el libre comercio pero la dictadura capturó los beneficios para fortalecerse políticamente y, en ese camino, desafiar no el bienestar material sino el grado de autonomía institucional de la sociedad política y civil alemana. Este punto que, reiteramos, hoy es harto evidente, sin embargo ha tomado por sorpresa a relevantes actores políticos y económicos de las democracias liberales.

Esto significa que hay que repensar los beneficios del libre comercio. Es decir, el libre comercio supone ganancias materiales que no necesariamente solo repercutirán en una sociedad civil más prospera sino también en el fortalecimiento de socios represivos que, en el mediano plazo, repercutirá en una amenaza para las sociedades abiertas. Es preferible ser relativamente más pobre y comprar más caro el gas o la energía a Noruega, a los EEUU o a Canadá que ser relativamente más rico y comprar el gas a Rusia porque una Rusia próspera por la venta del gas a Alemania significará una amenaza a la autonomía alemana que no hubiera existido en caso de una compra (más cara) del combustible a Noruega o a Canadá.

Paso seguido, de aquí se sigue un punto central: mientras hoy (2022) asumimos que en la época de la URSS la posibilidad de conflicto era mayor que en el presente porque las economías de, por ejemplo, EEUU y China están ahora comercialmente hiper-conectadas, es necesario repensar la cuestión para sopesar si el libre comercio y el juego de suma positiva que Occidente ha jugado con las economías represivas (particularmente China y, en menor medida, Rusia) no representa acaso una amenaza de conflicto mayor, en tanto (Rusia versus Ucrania dixit) la íntima relación comercial se ha transformado en un desafío inédito a la autonomía ya que, como hoy vemos en Ucrania, Rusia aprovecha el íntimo nexo comercial para invadir y limitar la respuesta de, por ejemplo, la hiper-dependiente (energéticamente hablando) Alemania. La síntesis es evidente: el libre comercio entre las democracias enriquece a las personas y a las naciones. El libre comercio entre democracias y dictaduras tiene beneficios materiales en el corto-mediano plazo pero ello empodera a déspotas que en el mediano-largo plazo amenazan a las sociedades abiertas.

El régimen de Beijing ha remarcado que la guerra en Ucrania se explica en gran

parte porque “los EEUU y la OTAN han provocado a Rusia”. Este punto es central: para los regímenes autoritarios la preferencia de las personas por pertenecer a otras formas de gobierno es una provocación. Aquí no hay solución ni diálogo posible porque Vladimir Putin ve, genuinamente, una amenaza en que la mayoría de los ucranianos aspiren a ser parte de la Unión Europea. Ni Putin ni Xi comprenden que la decisión de ser parte de la Unión Europea (o, en el caso de Taiwán, ser una democracia liberal) no pretende amenazar a nadie sino consolidarse como una decisión de vida. Mientras Putin y Xi analizan la política internacional como clásicos juegos de suma cero porque, justamente, lideran procesos autoritarios, la sociedad civil de Ucrania y de Taiwán no aspira a generarle inseguridad a sus vecinos sino a integrarse a modos de vida liberales, es decir, a marcos institucionales donde se respeten los derechos individuales. Vladimir Putin percibe eso como una amenaza. Ante ello, remarcamos, no hay diálogo posible porque no hay horizonte razonable de entendimiento. Luego, el “appeasement” o apaciguamiento no tiene sentido y, en ese sentido, se parece a Chamberlain en Múnich.

Muchos analistas sostienen que el líder ruso ha cometido un error estratégico ¿Dónde residiría ese error? En haber demandado que Ucrania no sea parte ni de la UE ni de la NATO pero haber invadido ese país incluso cuando no había ningún indicio claro que lo encaminara a ser miembro de una u otra organización. ¿Pero es ello un error estratégico o una evidente representación de un clásico proceso autoritario liderado por un déspota? Es decir, ¿se equivocó Putin o es un líder despótico que, como tal, iba a actuar, tarde o temprano, de esa manera? Paso seguido, ¿Cuál es el sentido de un diálogo con Putin? ¿Se dialoga con tiranos o, en cambio, sentarse en una mesa solo legitima al tirano dado que firmará un acuerdo que solo respetará en tanto le convenga y generará en el otro (en este caso en Ucrania y la UE) un compromiso y un costo asimétrico?





RUSIA Y EUROPA: EL CARO PROBLEMA DEL GAS BARATO

Por: Pedro Isern (director ejecutivo de CESCOS)

Este artículo ha sido tomado de la revista online “*Letras Internacionales*” (del Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad ORT Uruguay). Fue publicado en noviembre de 2014.

La invasión rusa a Ucrania es el final de un largo camino comenzado hace, al menos, 15 años. Es el costo de haber privilegiado los beneficios materiales de corto plazo por sobre los perjuicios morales e institucionales de mediano y largo plazo. El mediano plazo ha llegado.

La dependencia de varios países de Europa del suministro de gas ruso tiene una dimensión económica y una dimensión ética. Por un lado, la dimensión económica obviamente refleja una ecuación costo-beneficio donde los agentes económicos buscan maximizar su ingreso en una coyuntura delicada, como es la profunda crisis que atraviesan los principales países de la Unión. Por otro lado, los países de Europa no pueden ya desentenderse de la directa relación que ha habido y hay entre los precios de las materias primas y la consolidación de procesos autoritarios que abusan del poder y violan derechos civiles y políticos.

Básicamente, ¿cómo sintetizar o exponer el problema? El problema consiste en la clásica relación de una democracia (en este caso, un conjunto de democracias de alta calidad institucional como es la

Unión Europea) con una dictadura o, en este caso, un proceso autoritario como la Rusia gobernada desde el 2000 por Vladimir Putin (con un intervalo de su subordinado, Dmitry Medvedev, entre 2008-2012). La democracia expresa un sistema donde los gobernados demandan respeto de sus derechos civiles y, en segundo lugar, demandan eficientes políticas económicas. En ese ámbito, los gobernados se enfrentan, en nuestro ejemplo, a dos opciones: importar gas a un precio caro de otra democracia donde se respetan los derechos humanos o importar gas barato de una dictadura o proceso autoritario (como Rusia) donde se violan derechos humanos básicos como la libertad de expresión y la participación política.

La sociedad civil europea ha consolidado esta peligrosa relación con el proceso autoritario ruso: por un lado, es una

sociedad celosa del estado de los derechos humanos dentro de sus respectivas comunidades pero, o precisamente por ello, considera más importante importar gas barato que cuestionar el estado de las libertades dentro de Rusia.

Es necesario intentar cuantificar la dimensión ética del problema: supongamos que el gas caro importado desde una democracia tuviera un precio de 100 y el gas barato importado desde Rusia costara 80. Podemos pensar que el precio de la indiferencia en relación al grado de represión realizada por Putin dentro de Rusia es 20. Es decir, a cambio de un ahorro de 20 unidades, una parte relevante de la sociedad europea ha estado dispuesta a tolerar conductas que serían intolerables si sucedieran dentro de algún país de la propia Unión.

El punto de este artículo es remarcar la necesidad de pensar el argumento opuesto: en lugar de cuantificar el ahorro para tolerar la indecencia, es necesario cuantificar el costo de no tolerarla. Europa (y las democracias) debe dejar de ver cuánto ahorra tolerando violaciones a los Derechos Humanos y tiene que comenzar a exponer cruda y claramente a su sociedad civil el costo de denunciar esas violaciones. En el ejemplo que hemos mencionado, Europa debiese enorgullecerse de pagar 20 unidades más por defender determinados valores, exclamando: "Si, efectivamente, pagamos un precio mayor de gas porque asumimos que tiene un costo no tolerar, admitir o ser cómplice de determinadas violaciones a las libertades".

Obviamente, es fácil decirlo en una columna de opinión y es políticamente muy difícil explicitarlo como funcionario o candidato en países que sufren hace un tiempo (5 años) una crisis económica cuya real dimensión y consecuencias todavía desconocemos. Pero incluso podemos pensar que la crisis es una buena oportunidad para cuestionar esa parte del complejo proceso de relacionamiento de la Unión Europea con el capitalismo autoritario que se ha consolidado en Rusia en la última década.

La pregunta que debemos formular es: ¿Cuánto encarece nuestra vida la negativa a asociarnos a regímenes que violan derechos? En cambio, la pregunta que hasta ahora nos hemos formulado es ¿cuánto abarata nuestra vida asociarnos a regímenes autoritarios y desinteresarnos de las amenazas que esos regímenes pueden llevar a cabo, precisamente, porque obtienen recursos por comerciar con nosotros? Otra manera de formularnos la pregunta sería: ¿Cuánto estamos dispuestos a pagar de más el gas para que Putin no viole (o incluso, para que viole menos) derechos de los ciudadanos rusos? Más aún: ¿estamos dispuestos a pagar algo para ello? Sí, no es posible que no estemos dispuestos a pagar nada. Por cierto, es comprensible que nuestra disposición no sea ilimitada. Obviamente, hay un límite monetario a la generosidad de las personas y las sociedades pero ese límite debe ser mayor (bastante mayor) a cero.





EL MISTERIO DEL MURO DE BERLIN (parte II)

Por: Pedro Isern (director ejecutivo de CESCOS)

[Clic para leer "EL MISTERIO DEL MURO DE BERLIN" parte I](#)

El Muro de Berlín ha regresado. Por un momento nos detenemos a lamentarlo. Paso seguido, podemos volver a reflexionar sobre el significado de lo que ha pasado y pasa de un lado y otro del Muro.

Después de la derrota del liberalismo en su aspiración por universalizar la democracia occidental el mundo regresa a distintas formas de regionalismo. La democracia liberal es una noble forma de vida pero ha fracasado nuestro intento de universalizarla. Paso seguido, ¿qué hacemos después del fracaso? ¿Cómo lo enfrentamos?.

Como mencionamos en diversas ocasiones en esta publicación, la democracia liberal se reencuentra con la posibilidad de compararse "cara a cara" con esas otras formas de vida que, supuestamente, también tienen virtudes para ofrecer. Es decir, es un "regreso a Berlín", allí donde dos sociedades espejos se encontraban separadas por un Muro, y cuya única diferencia sustancial era el respeto de los derechos individuales y de la propiedad privada de un lado y la violación⁰ de esos derechos del otro lado del Muro. Ese Muro sigue, por ejemplo, separando a las dos Coreas. Tanto en Berlín (y Alemania) en el pasado como en Corea hoy los resultados han sido contundentes y similares.

Sin embargo, los defensores de las democracias liberales hemos sido incapaces de persuadir y convencer a una parte importante (más aún, decisiva) de los habitantes del planeta que la prosperidad económica tiene un significado y resultado cuando se encuentra acompañada de la vigencia de derechos individuales y tiene otro significado y resultado cuando esos derechos dependen de agentes arbitrarios y regímenes represivos.

La principal lección de Berlín no ha sido que la prosperidad económica tiene como condición necesaria (no suficiente) la pre-existencia de derechos individuales y derechos de propiedad delimitados y, por otro lado, tampoco ha sido que la ausencia de derechos individuales es condición suficiente para la ausencia de prosperidad. Como sabemos, la reciente experiencia autoritaria china nos informa que es posible prosperar económicamente en medio de la represión de los derechos civiles y políticos. En cambio, la principal lección es que cuando la prosperidad económica no va acompañada del respeto a los

derechos individuales es factible que esa (creciente) prosperidad sea usada por el poder contra los propios individuos. Los ejemplos recientes más contundentes sucedieron en Hong Kong y, ahora, en Rusia.

La experiencia de Berlín nos informaba que, por un lado, había una íntima relación entre vigencia de los derechos individuales y prosperidad económica y, por el otro, había una íntima relación entre crecimiento económico.

En verdad no ha regresado la historia (es obvio que la historia nunca se ha ido, es decir, no puede irse). En cambio ha regresado Berlín. Ha regresado porque hemos fracasado en nuestro noble intento de universalizar la democracia liberal pero, paso seguido, después de lamentarnos, es posible celebrar volver a comparar estos dos modos de vida. Así, después de la criminal invasión de Rusia en Ucrania, es posible ahora comparar el *modus vivendi* que impulsa Vladimir Putin con el *modus vivendi* que impulsa el presidente ucraniano, Volodymyr Zelenskyy. Puede sonar brutal pero solo lo es en tanto aceptamos la cruda realidad de un nuevo mundo compuesto de “Putins”, “Xis”, “Erdogans” u “Orbans”, y nos decidimos a confrontarlo con las nobles ideas del liberalismo clásico, la democracia y el capitalismo.

En el fascinante libro *“The Open Societies and its Complexities”*, el filósofo **Gerald Gaus** sostiene que *“A mere two decades ago it was widely assumed that liberal democracy and the Open Society had decisively won their century-long struggle against authoritarianism and totalitarianism. Alas, we now know better. In the United States, one political party seems captured by a nationalist populism, sometimes isolationist and at other times aggressive. Much of the “progressive” wing of the other is obsessed by the conviction that liberal capitalism is sexist, racist, oppressive, exploitative of the poor, and altogether unjust, despite the fact that in the last*

thirty years over a billion people have been raised from the miseries of extreme poverty, while gender equality and inclusive diversity are at their apex in human history. Throughout Europe—from Scandinavia to Italy, from England to Poland—populism, authoritarianism, and hostility to diversity have become not only fixtures of political life, but in some countries have won government. Some liberal intellectuals are appalled, ready to blame the ignorance or viciousness of “hoi pollo” (las masas), while others have themselves become critics of liberalism and democracy. Meanwhile, liberation and democratization in China have reversed, and Russia is once again under the sway of authoritarianism. Neither Hayek nor Popper would have been as deeply shocked by these developments as many of us who were complacent in thinking that the postwar victories of the Open Society were an irreversible achievement. Popper began The Open Society and Its Enemies by proclaiming that his aim was to wrestle with difficulties faced by a civilization which aims at humanness and reasonableness, at equality and freedom; a civilization which is still in its infancy, and which continues to grow in spite of the fact that it has been betrayed by so many of the intellectual leaders of mankind. It attempts to show that this civilization has not yet fully recovered from the shock of its birth—the transition from the tribal or “closed society,” with its submission to magical forces, to the “open society” which sets free the critical powers of man. It attempts to show that the shock of this transition is one of the factors that have made possible the rise of those reactionary movements which have tried, and still try, to overthrow civilization and to return to tribalism”. (Gaus, 2021, página 3. Oxford University Press).

La paradoja no es tal. El malestar que recorre occidente es una consecuencia directa de la notable caída en la tasa de pobreza global. Es decir, dado que las democracias liberales capitalistas han acabado con la pobreza en sus socieda-



des y han impactado positivamente (como sostiene Ian Vazquez, director del Proyecto Global del excepcional Cato Institute) en las tasas de pobreza de las democracias no liberales y de las sociedades iliberales, el malestar y vacío que acompaña a las sociedades abiertas está íntimamente relacionado a su éxito contra la escasez. La crisis de la democracia liberal es una crisis que refleja una (nueva) incapacidad de lidiar con la abundancia después de haber derrotado a la escasez. El iliberalismo, por definición siempre presente en las sociedades abiertas, ha sido potenciado por la llegada de la abundancia y aprovechado para impulsar una agenda. Obviamente, los detractores de las sociedades abiertas aprovechan para ligar su desprecio por la democracia liberal al malestar presente hoy en la vida de los hijos de la abundancia.

Luego, el punto inicial es claro. Primero, explicitar que la paradoja no es tal: abundancia y malestar están íntimamente ligados en las exitosas sociedades abiertas actuales. Segundo, remarcar la necesidad de pensar cómo, luego de semejante triunfo de las democracias

liberales capitalistas contra la extrema pobreza, el vacío existencial que atravesamos encontrará dentro de las propias sociedades abiertas maneras genuinas de resolución a través de la prueba y error, evitando los cantos de sirenas de las soluciones fáciles y paternalistas de los regímenes cerrados.

Paso seguido, es posible elucubrar que la creciente prosperidad podría generar en un parte relevante de la sociedad un creciente malestar en tanto la sociedad de la “post-escasez” tendría (crecientes) desafíos inmateriales. Así, es muy posible que esta frustración sea percibida como consecuencia de la abundancia capitalista y no como una de las comprensibles consecuencias de las enormes posibilidades y opciones que ha generado la abundancia.

Intentaremos profundizar esta reflexión en la parte III de esta saga.



Recomendación:

THE SOMALI MUSEUM OF MINNESOTA

por: Constanza Outeda (Fellow de CESCOS)

Los museos son un ámbito de reflexión y regocijo cultural para las sociedades modernas. Su belleza sobrepasa el mero atractivo de las obras que se encuentran en su interior. A través de la exposición de un arte, los museos no solamente enseñan curiosidades y partes de nuestra historia, sino que permiten que una cultura trascienda su tiempo y espacio.

Estados Unidos es usualmente descrito como un crisol de culturas, es decir, una fusión de valores, tradiciones y costumbres que lo han hecho uno de los países más diversos. El Estado de Minnesota, particularmente, es uno de los que más se ve influenciado por diásporas de diversos orígenes. Se destaca la población somalí radicada allí.

Es curioso que un lugar tan frío como Minnesota se haya convertido en el hogar de la mayor diáspora somalí de todo los Estados Unidos. No es sorprendente, empero, que dicha comunidad -conformada mayormente por inmigrantes y refugiados africanos-, se haya visto atraída a este lugar por razones políticas. Las oportunidades laborales y una política liberal fueron las características que hicieron a esta población sentirse bienvenida en el frío norte de los Estados Unidos.

Para esta numerosa comunidad, el Museo Somalí de Minnesota es una de

las formas de mantenerse cercanos a sus valores y tradiciones. Abrazando sus orígenes, pero también permitiéndoles conectarlos con su nueva faceta de verdaderos ciudadanos americanos. Ubicado en el área de las Twin Cities del Estado y fundado en el año 2009, continúa siendo un centro cultural relativamente nuevo, pero muy bien encaminado. Hasta la fecha, es el único museo de cultura somalí existente en todo el mundo.

A través de exhibiciones de obras provenientes de artistas nacidos tanto en Somalia como en los Estados Unidos, el museo aspira a ser canal para la creatividad de todos aquellos que busquen conectarse a sus raíces y aprender más de la cultura somalí. Para los fundadores del museo, el arte es una forma de enseñar la historia de un pueblo que lucha por ser oído y entendido, también con el fin de poder ayudar a disminuir los prejuicios y malentendidos que los choques culturales a veces ocasionan.

El museo también busca promover estos objetivos mediante programas educativos y didácticos. Por ejemplo, un grupo de baile tradicional que realiza presentaciones a lo largo de todo el país y está abierto a todos aquellos que quieran sumarse o clases de tejidos tradicionales con dedos. Además, el museo también ofrece cursos y recorridos guiados,



que ayudan a acercar a las personas a una de las culturas más prominentes de todo el Estado.

Tanto para aquellos que se ven conectados con la cultura somalí mediante lazos de sangre como para quienes simplemente desean aprender más, el Museo Somalí de Minnesota se presenta como una actividad fascinante que promete abrir la mente de aquellos que lo visiten.



REFERENCIAS:

The Somali Museum of Minnesota (s.f.).

Almond, K. (s.f.). Somalis finding their place in Minnesota. CNN.

Anduin, W. (s.f.). Somali and Somali American Experiences in Minnesota. MNopedia, Minnesota Historical Society.

Culture Care Connection (s.f.). Somali.

#3 ¿QUÉ PASA EN LOS ESTADOS UNIDOS?

¿Te gustaría recibir el Newsletter en tu correo electrónico?

¡SUSCRIBITE ACÁ!

Somos consciente de la cantidad de spam que se recibe a diario, por eso, realizamos un resumen de las principales noticias para que no te pierdas nada de lo que pasa en los Estados Unidos

TOCA LOS NOMBRES PARA ACCEDER A SUS REDES*

EDITORES

Pedro Isern (Director Ejecutivo)

Agustín Pizzichillo (Fellow)

COORDINACIÓN

Angelo Bardini (Director de Comunicación)

Natalia Olivencia (Directora de Fundraising)

Manuel Collado (Community Manager)

DISEÑO

Rodrigo Iberra (Diseñador Gráfico)

AUTORES

Pedro Isern (Director Ejecutivo)

Constanza Outeda (Fellow)



CESCOS

Center for the Study of
Contemporary Open Societies

CLIC PARA ACCEDER A LAS REDES DE CESCOS*



PÁGINA WEB



YOUTUBE



TWITTER



INSTAGRAM



FACEBOOK



LINKEDIN



TIKTOK